

**HISTORIA DE LOS** ensayo **sexto** piso  
**Jorge Fondebrider** **HOMBRES LOBO**

# Historia de los hombres lobo

JORGE FONDEBRIDER



sextopiso

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © JORGE FONDEBRIDER, 2004

Primera edición: 2017

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2017  
París 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión  
COFÁS

Formación  
GRAFIME

ISBN: 978-84-16677-29-0  
Depósito legal: M-286-2017

Impreso en España

## I. LOS LOBOS, SU HISTORIA Y NUESTRA PERCEPCIÓN DE ELLOS

Para comenzar de manera ordenada, antes de los hombres lobo están los lobos. Y antes de los lobos hay toda una serie de carnívoros primitivos que concluye en ellos. La serie comienza con *Miacis*, término en griego antiguo que significa «animal madre» y que se utiliza para nombrar a un género extinto de mamíferos carnívoros surgidos hace unos 65 millones de años. De este animal deriva la familia de los miácidos que, a su vez, se dividieron en otras dos familias: los viverravinos y los miacinos. Los primeros originaron, por un lado, a viverravinos propiamente dichos —ginetas, civetas y afines—, que a su vez dieron origen a los feliformes; vale decir leones, tigres, leopardos, pumas, linceos, gatos, etc. Los segundos originaron a los caniformes que, hace unos 38 millones de años, se dividieron en tres subfamilias: *Hesperocyoninae*, *Borophaginae* y *Caninae*. De esta última provienen los cánidos actuales; vale decir, los lobos, los coyotes, los licaones, los zorros, los chacales y los perros, además de otras ramas hoy extintas.<sup>2</sup> Se sabe que esos cánidos actuales fueron

2. Resulta especialmente importante la mención del lobo de Armbuster (*Canis armbrusteri*), especie extinta de cánido del sudoeste de los Estados Unidos, que vivió hace 1,8 millones de años hasta hace unos 300 000 años. Más grande y pesado que su pariente moderno, hace unos 800 000 años se propagó hasta llegar a Sudamérica, fecha que coincide con el principio de su extinción en Norteamérica. En las llanuras sudamericanas aparentemente dio origen al llamado lobo terrible o gigante (*Canis dirus*, según la denominación dada por el zoólogo estadounidense Joseph Leidy en 1858), el cual, hace unos 100 000 años, volvió a Norteamérica desde las pampas argentinas. No hay indicios de competencia entre el lobo terrible y el lobo gris (actual). Ambos animales ocupaban nichos ecológicos distintos. La extinción del primero coincide con la desaparición de la megafauna y,

endémicos de Norteamérica, pero que, a través del estrecho de Bering, hace alrededor de 5 millones de años, comenzaron a dispersarse por Asia hasta ocupar toda Europa. Uno de ellos, el hoy llamado lobo gris (*Canis lupus*, según la denominación de Linneo de 1758), apareció en Eurasia hace unos 300 000 años y realizó el camino inverso, llegando a Norteamérica hace unos 75 000 años. Se supone que, en ese transcurso, se diversificó en las cincuenta subespecies de lobos actuales, a las que algunos zoólogos reducen apenas a quince. Por lo dicho hasta acá, queda claro que, hace alrededor de 75 000 años, cuando, según algunos investigadores, el *Homo sapiens* —nuestra especie— salió de África para empezar a ocupar primero Europa y Asia, y posteriormente América del Norte, los lobos ya estaban allá. Finalmente, diversas evidencias no concluyentes parecen indicar que, hace unos 15 000 años,<sup>3</sup> a partir de los lobos, los humanos domesticamos a los que después fueron nuestros perros.

Los primeros registros que los humanos dejaron de los lobos pueden buscarse en pinturas rupestres como las de Font-de-Gaume (en Les Eyzies-de-Tayac-Sireuil, Dordoña, Francia), que datan del Paleolítico Superior. Del mismo período son muchas de las cuentas y los abalorios hechos con colmillos y molares de lobo hallados en los sitios franceses de Castanet (en el departamento del Aveyron), en la Gruta des Hyènes (Commune de Saint-Bauzille-de-Montmel, Languedoc-Rosellón), en las grutas de Isturitz y de Oxocelhaya (en el País Vasco francés), en la cueva de La Quina (en la localidad de Gardes-le-Pontaroux,

---

probablemente, con la mayor presencia humana. El mayor yacimiento fósil encontrado es el de Rancho La Brea, cerca de Los Ángeles (California, EE.UU) de donde se extrajeron unos 3500 esqueletos.

3. A este respecto, véase la hipótesis de Mark Derr en *How the Dog Became the Dog. From wolves to our best friend* (Nueva York, The Overlook Press, 2011), donde propone que, al encontrarse ambas especies en la Eurasia prehistórica, se beneficiaron y arriesga que esa relación pudo haber comenzado cuando los lobos seguían a los cazadores humanos para compartir la caza, convirtiéndose en perros lobo, antes de ser modificados en las diversas especies de perros domésticos que conocemos.

en Charente), y también en la gruta de Spy (cerca de Jemeppe-sur-Sambre, en la provincia de Namur, Bélgica), en la cueva de Wildscheuer (en Hesse, Alemania), en el sitio cercano al pueblo de Mladeč (distrito de Olomouc, en la República Checa), en el sitio de la mina de Tamgaly (en Kazajstán), entre muchísimos otros. En los Estados Unidos, las evidencias pueden buscarse, por ejemplo, en los petroglifos de Gullickson's Glen (en el suroeste de Wisconsin), en Galisteo (Santa Fe, Nuevo México), o en Rochester Creek (Utah). Asimismo, en las mandíbulas talladas y en las espátulas con colmillos de lobo incrustados de la cultura Adena (1000 a 200 a. C.) encontradas en Ohio, Indiana, West Virginia, Kentucky, Nueva York, Pennsylvania y Maryland.\* Y ya en tiempos más recientes, se deben considerar las cabezas de lobo que servían a modo de amplificador de trompetas primitivas encontradas en Numancia (España), así como las cerámicas y monedas antiguas con la imagen del animal, propias de la cultura celtibérica.

No es éste el lugar apropiado para desarrollar las múltiples y complejas relaciones entre los humanos y los lobos (de las que, por otra parte, ya se hablará en muchos de los capítulos de este libro). Sin embargo, vale la pena señalar que, producida la extinción de los grandes mamíferos a finales del Pleistoceno (vale decir, alrededor de 12 000 años atrás), el lobo —acaso más que el oso y, claro, mucho más que el lince y el glotón—, se constituyó en el máximo depredador terrestre europeo. Por lo tanto, fue una amenaza para el ganado y, paulatinamente, también para los seres humanos. Así, existieron razones prácticas —y, por supuesto, desde nuestra actual perspectiva, nada ecológicas— para su eventual exterminio. Y esto, claro, al margen de su progresiva identificación con el diablo, con las consecuencias que veremos más adelante.

\* En todos los nombres propios que aparecen en este texto, tanto de lugares como de personas, se ha respetado la grafía propuesta por el autor. [N. de los E.]

Tal vez sea pertinente comenzar entonces por saber qué es lo que se dijo sobre los lobos a través del tiempo. No es ocioso entonces empezar por los manuales zoológicos y los bestiarios.

La *Περὶ τῶν Ζῴων Ἱστορίαι*, (*Historia de los animales*), de Aristóteles (385-322 a.C.), propone definir al lobo como de temperamento salvaje y traicionero. Más adelante, ocupándose de su fisiología, añade que tiene un miembro huesudo y que, a la hora de aparearse, cubre a la hembra como los perros, peleando contra otros machos que se acerquen si es necesario. Los cachorros resultantes de la unión nacen ciegos. Luego, para nuestra inquietud, nos enteramos de que el lobo solitario está más dispuesto a atacar al hombre que aquellos que se desplazan en jaurías. También, que el lobo está en guerra con el burro y el zorro, porque, al ser carnívoro, ataca a esos otros animales. El resto son comparaciones generales.

Cayo Plinio Segundo (23-79 d.C.), llamado Plinio el Viejo, para diferenciarlo de su sobrino Plinio el Joven, es el autor de miles de páginas de las cuales sólo se conservan sus *Investigaciones acerca del universo*, obra generalmente nombrada como *Naturalis historia*. Allí, a lo largo de 37 libros escribe sobre geografía, países y pueblos de la tierra, plantas, animales, minerales, con sus propiedades, medicinas y otros elementos, monumentos importantes, personajes famosos, o sobre artistas, sus obras y técnicas. En el capítulo 34 del libro VIII—dedicado a la descripción de animales terrestres— se ocupa especialmente de los lobos:

En Italia se cree comúnmente que ver lobos hace daño; tanto que, si ven a un hombre antes de que éste los vea, le causan momentáneamente la pérdida de la voz.<sup>4</sup> Los de África y Egipto

4. Como se verá a lo largo de este libro, con leves variaciones, la descripción de Plinio será repetida hasta la saciedad a lo largo de toda la Edad Media y el Renacimiento. A título ilustrativo, vale la pena recordar las hipotéticas razones ofrecidas en 1652 por Alexander Ross a propósito del fenómeno apuntado por Plinio. Según el erudito, la pérdida de la voz se debe «a la antipatía que existe entre el hombre y el lobo, o a la malignidad de los

son pocos, y además nada vivaces y carentes de espíritu. En los climas más fríos, son más feroces y crueles.

Asimismo, la desopilante *Περὶ ζῴων ιδιότητος* (*De Natura Animalium*), del sofista Claudio Eliano (circa 175-circa 235), contiene muchos párrafos sobre los lobos. En uno de ellos consta la siguiente información:

Los lobos son muy feroces. Los egipcios dicen que se devoran unos a otros y cuentan que la manera de tenderse acechanzas es la siguiente: se ponen en círculo, emprenden, luego, la carrera, y, cuando uno de ellos sufre vértigo a causa de las continuas evoluciones y cae desplomado, los demás, precipitándose sobre el yacente, lo despedazan y devoran. Hacen esto cuando fracasan en sus cacerías, porque, ante la necesidad de acallar el hambre, consideran bagatela lo demás. Por supuesto, de la misma manera se comportan los hombres malvados respecto al dinero.<sup>5</sup>

Compuesto de manera anónima<sup>6</sup> en algún lugar del Mediterráneo Oriental, entre los siglos II y IV de nuestra era, el *Physiologos* es un breve tratado copiado hasta la saciedad durante la Edad Media y el Renacimiento. Casi tan popular como la Biblia, el *Physiologos* ofrece, a través de breves capítulos precedidos por una cita bíblica que les sirve de introducción, las características de una variedad de animales reales o imaginarios. Dividido en tres series –la primera, de 48 o 49 capítulos; la segunda o

---

efluvios procedentes del lobo, o a la violencia de un súbito miedo que en ese momento trae tumescencia» (Ross, Alexander, *Arcana Microcosmi*, libro II, capítulo 3, en <http://penelope.uchicago.edu/ross/ross23.html>).

5. Claudio Eliano; *Historia de los Animales*, libros I-VIII (traducción y notas de José María Díaz-Regañón López), Madrid, Planeta Agostini, 1998.
6. A lo largo del tiempo, y sin que medie cronología alguna, se ha atribuido el texto a Aristóteles, Salomón, san Ambrosio, Atanasio, san Basilio, san Epifanio de Judea, san Juan Crisóstomo, san Jerónimo, Pedro de Alejandría.



«bizantina», redactada probablemente en el siglo v, de 27 capítulos; y la tercera o «pseudo Basilea», redactada entre los siglos x y xii, de 30 capítulos, sus páginas —por cierto, muy traducidas—, se constituyeron en el modelo de todos los bestiarios posteriores. En la tercera serie hay una entrada dedicada al lobo:

Primera naturaleza del lobo.

A propósito de la advertencia de nuestro Señor Jesucristo en los Evangelios: «Desconfiad de los falsos profetas, porque vienen a vosotros vestidos de cordero, pero en su interior son lobos rapaces».

El Fisiólogo ha dicho del lobo que se trata de un animal astuto y maligno: viene para apoderarse de una oveja del rebaño, con la boca muy abierta, pero apenas rapta a su víctima, huye a causa del pastor.

Basilio el Grande dijo: «Así son los herejes: se presentan vestidos como corderos, pero su corazón es como un lobo rapaz que se apodera de la gente simple y destruye sus almas. Así son también los codiciosos, hombres que quieren tener más que el pobre, y el rico se apodera con rapacidad del campo del pobre, de su viña o de otros de sus bienes, sin que lo retenga el temor de Dios.

Segunda naturaleza del lobo.

Cuando se encuentra con el hombre, se finge inválido, a pesar de no tener herida alguna en la pata; su corazón es astuto y sólo piensa en la rapiña.

San Basilio ha dicho: «Así son los hombres astutos y mentirosos. Cuando se encuentran con gente virtuosa, se muestran interesados como si no hubiese mal en ellos y como si carecieran de toda malevolencia, mientras que su corazón está lleno de amargura y astucia».<sup>7</sup>

7. *Physiologos. Le bestiaire des bestiaires*, texto traducido del griego, fijado y comentado por Arnaud Zucker, Bonchamp-Lès-Laval, Francia, Éditions Jérôme Millon, 2004.

Como se lee, por muchos siglos, los lobos no tuvieron otro remedio que cargar sobre sus desdichados lomos con los defectos de los humanos. De hecho, si nos atenemos a los bestiarios medievales y renacentistas, las observaciones y conjeturas alrededor de la naturaleza y costumbres de los lobos fueron en su gran mayoría lo suficientemente inexactas como para justificar plenamente la muy mala reputación de esas pobres bestias. Hubo de todo: algunos consideraron que el lobo macho era un animal noble y sabio, que además de monógamo —y por lo tanto fiel— era buen padre y esencialmente útil a la comunidad en la que cazaba; para otros era una bestia solitaria, cruel y feroz, y también un símbolo del diablo, aunque Dios se sirvió de él, como en el caso de san Edmund, rey de Anglia Oriental en 870, martirizado por los piratas daneses,<sup>8</sup> o cuando los hombres de Francesco Maria, duque de Urbino, fueron destrozados por los lobos al intentar saquear el santuario de Loreto.

Las lobas, sin embargo, fueron consideradas invariablemente de forma negativa. En *El bestiario de Cristo. El simbolismo animal en la Antigüedad y la Edad Media*, por ejemplo, Louis Charbonneau-Lassay cita a Brunetto Latini, quien en el siglo XIII, retomando el punto de vista clásico, habló de la impudicia de la loba, nombre que también se les daba a las prostitutas. Para Latini, autor de los *Livres du Tresor*, tratado en prosa escrito en francés que resume los conocimientos científicos de su tiempo,

8. Según refiere Abbo de Fleury en su *Vida de St. Edmund* (s. x), Edmund prefirió sacrificarse a las huestes de Ivar, hijo de Ragnar Lothbrok, antes que someterse a los piratas paganos. Se supone que, luego de apresado, fue golpeado con bastones y colgado de un árbol, donde sirvió de blanco a la puntería de los arqueros daneses. Como no moría, Ivar ordenó que se le cortase la cabeza, arrojándola luego a las profundidades de un bosque. Cuando los invasores partieron, los súbditos de Edmund encontraron el cuerpo y, sólo al cabo de muchos trabajos, la cabeza, custodiada contra la rapacidad de las alimañas por un gran lobo gris enviado por Dios. Más adelante, cuerpo y cabeza volvieron a unirse y, en razón de una serie de milagros, Edmund alcanzó la santidad. Parte del martirio de Edmund puede verse pintado en una de las paredes de la iglesia de St. Edmund, en Fritton, Norfolk.

los ascetas de esta misma época, y con ellos los artistas, hicieron entrar a la loba en el simbolismo de las tres concupiscencias que pierden a las almas: «la concupiscencia de los ojos, la concupiscencia de la carne y el orgullo de la vida». Con todos sus contemporáneos, Dante nos muestra al comienzo del *Infierno* esos tres culpables apetitos en forma de una pantera, una loba y un león. A la loba le atribuye el papel de representar la concupiscencia de la carne.<sup>9</sup>

Pero la especie en general también es vista de manera negativa:

Además, los moralistas de la época y sus sucesores hicieron del lobo el emblema de vicios variados: de la Ira porque es irascible; de la Gula, porque «es golosa bestia», cosa que confirma La Fontaine: «Los lobos comen glotonamente». El lobo también fue imagen natural de la Rapacidad, y también de la Herejía, que roba a la Iglesia sus ovejas, como lo muestra una pintura célebre de la escuela de Giotto.<sup>10</sup>

El mismo razonamiento se encuentra en el *Bestiario de Aberdeen* —manuscrito iluminado, redactado en Inglaterra alrededor de 1200—, donde se emparenta al lobo con el león a través de una falsa y compleja etimología. Así, a su nombre latino —*lupus*— se lo hace derivar de un dudoso *leo-pes* —una deformación de *leo-pos* («pie de león», o sea «garra»)—, dando a entender que, como en el caso del felino, la fuerza del lobo se encuentra en sus garras porque lo que atrapa, no sobrevive. Y continúa:

Los lobos reciben su nombre de su rapacidad: por esa razón a las putas las llamamos *lupae*, porque despojan a sus amantes de sus riquezas. El lobo es una bestia rapaz que ansía sangre.

9. Charbonneau-Lassay, Louis. *El bestiario de Cristo. El simbolismo animal en la Antigüedad y la Edad Media* (traducción de Francisco Gutiérrez), 2 vol., Barcelona/Palma de Mallorca, José de Olañeta Editor, 1996-1997.

10. *Op. cit.*

Su fuerza se encuentra en su pecho o en sus mandíbulas, pero tiene debilidad en el lomo. No puede girar el cuello. Se dice que vive a veces de sus presas, a veces de la tierra y a veces, incluso, del viento. La astucia del lobo es tal que no atrapa comida para sus lobeznos cerca de su guarida, sino lejos.<sup>11</sup>

Después, mezclando la observación con la superstición, se afirma:

Los ojos del lobo brillan de noche como lámparas. Tiene como característica que, si ve a un hombre antes de que éste lo vea, le arrebatara el habla y lo mira con desprecio, como vencedor sobre el que no tiene voz. Pero si siente que el hombre lo ha visto antes de que él lo vea, pierde su fiereza y su empuje para correr.<sup>12</sup> Solinus, quien tiene mucho que decir sobre la naturaleza de las cosas, afirma que sobre la cola de este animal hay una minúscula porción de pelo que sirve para filtros amorosos; si el lobo teme ser capturado, se arranca el pelo con los dientes; el filtro carece de poder a menos que el pelo sea arrancado cuando el lobo todavía está vivo. El diablo tiene la naturaleza de un lobo: siempre mira a la humanidad con malos ojos y continuamente da vueltas en torno del rebaño de fieles de la Iglesia, para arruinar y destruir sus almas. Que una loba dé a luz cuando se oye por primera vez el trueno durante el mes de mayo significa que el diablo, que cayó del cielo, exhibe su orgullo. Que su fuerza resida en sus cuartos delanteros y no en sus cuartos traseros también significa que el diablo, que anteriormente fue un ángel de la luz en los cielos, ahora, en la tierra, se ha convertido en un apóstata. Los ojos del lobo brillan en la noche como

11. «Of the wolf», en *The Aberdeen Bestiary* (traducido del latín al inglés por Morton Gault y Colin McLaren). Sigo la versión inglesa incluida en <http://www.abdn.ac.uk/bestiary>.
12. La misma idea está presente en el apartado sobre el lobo, en el capítulo IX de *De proprietatibus rerum*, otro tratado de historia natural medieval escrito por Bartholomew Anglicus.

lámparas porque las obras del diablo les parecen bellas y sanas a los ciegos y los tontos.<sup>13</sup>

Entre las varias versiones del ya mencionado *Physiologos* se encuentra una italiana del siglo XIII, de naturaleza anónima, a la que se denominó *Bestiario toscano*. En ella se lee que «así como el lobo que no vive sino de rapiña y de robar, así son algunos hombres en el mundo, que viven del robo... Y, así, más que tomar el ejemplo del lobo, que es ladrón y de malvada vida, mucho más podríamos tomar buen ejemplo de la oveja, que es bondadosa y ejemplar».

Richard de Fournival (1201–¿1260?) fue una suerte de médico, alquimista y trovero francés, quien, hacia el año 1245, compuso y publicó un *Bestiaire d'Amour*, más tarde retomado por Célestin Hippeau (1803–1883), quien sintetizó las menciones a los lobos de ese volumen en unas notas finales. Allí se lee:

Este animal, en algunos modillones que decoran las iglesias, es uno de los emblemas del demonio, una figura de rapacidad astuta y de la crueldad. Los antiguos daban el nombre de lobas a las cortesanas. El lobo es, al igual que el zorro, gracias a la célebre sátira de la que son los héroes, uno de los animales que más se mencionan en la Edad Media. [...] El *Physiologos* sostiene que se alimenta a veces de viento y de tierra. Va a buscar su presa lejos del cubil en el que deja a sus crías. Entra con precaución en los corrales, y se muerde la pata si percibe que, al caminar, hizo algún ruido. Bajo la forma de lobo, dice Huges de Saint Victor, el diablo merodea alrededor de las iglesias para degollar a los fieles y hacerles perder sus almas. Por eso se continúa creyendo en los hombres lobo, leyenda que todavía existe en el campo. Todas las otras fábulas atribuidas a la constitución del lobo han hecho imaginar los muchos peligros que

13. «Of the wolf», en *The Aberdeen Bestiary*, *op. cit.*

rodean a los hombres. No todas son felices, claro. Ya está lejos la consideración del místico del siglo XII, que informaba que el lobo sólo tenía fuerza en la parte anterior de su cuerpo y que en todo el resto sufre de una gran debilidad [...].<sup>14</sup>

De 1589 es la *Varia commensuración para la escultura y la arquitectura*, del español Juan de Arfe (1535-1603). Su libro III –que «Trata de las alturas y formas de los animales y aves»– incluye dos ítems: «De los animales de cuatros pies» y «De las aves». Según nota de Isabel Muñoz Jiménez, «Juan de Arfe organizó la mayor parte de su material en tres elementos: una octava real al comienzo, inscrita casi siempre en el texto en prosa, donde hace la descripción de cada animal (o grupo de animales), y a continuación su dibujo correspondiente reproducido a escala». Así, la entrada correspondiente al lobo dice:

Es el lobo cruel y arrebatado/ ligero corredor y malicioso./ Bra-  
va persecución para el ganado,/ que aunque más coma de él  
queda goloso./ Anda de medio cuerpo derrengado/ tiene todo  
el pellejo muy peloso./ la cola muy caída y muy pesada/ y muy  
poquitas veces la trae alzada.<sup>15</sup>

Viene luego el texto en prosa:

El lobo es animal arrebatado y cruel, su altura vara y sesma, y  
su talle como mastín; las orejas agudas y la boca muy rasgada,  
el pellejo entre pardo y blanco. Y la hembra es como él.<sup>16</sup>

14. Richard de Fournival. *Le bestiaire d'Amour suivi de la Réponse de la Dame, enrichi de 48 dessins gravés sur bois publiés pour la première fois d'après le manuscrit de la Bibliothèque Impériale par C. Hippeau*, Ginebra, Slatkine Reprintis, 1969.
15. Juan de Arfe. *Bestiario* (adaptación de Isabel Muñoz Jiménez, sin mención de publicación), Grupo Medusa Ediciones. *Bestiarios de Medusa*, sin fecha de edición.
16. *Op. cit.*

Los ejemplos ofrecidos, a los que podrían sumarse muchos más, son categóricos. Como señala Gherardo Ortalli, profesor de Historia Medieval en la Universidad de Venecia, el lobo

es el animal salvaje que en el Occidente europeo parece haber tenido el mayor poder evocativo, el lugar más destacado en el imaginario colectivo, así como una extraordinaria capacidad ejemplar. Abundantemente presente en crónicas, en las fuentes literarias, en la iconografía, en la retórica, objeto de confrontación continua, el lobo que la Edad Media conoce y transmite a la época moderna—incluso hasta nuestros días—es forzosamente distinto del de la tradición clásica. En relación con la Antigüedad, que lo veía como enemigo específico de los animales domésticos, y a lo sumo como presagio funesto y como presencia finalmente algo preocupante para el hombre, la Edad Media hizo de él un modelo estereotipado diferente: el lobo se convierte en una realidad aterradora, un peligro concreto y directo para las personas e incluso en un devorador de hombres. Y dado que nada autoriza hasta aquí la hipótesis de una modificación sustancial de la «verdadera naturaleza» del lobo, bien podemos preguntarnos cómo entonces el animal que la cultura grecorromana veía como un vulgar chuchó, o apenas más, pudo transformarse en el terrible enemigo del hombre.<sup>17</sup>

Puesto a analizar el nuevo estereotipo del lobo, Ortalli destaca que su peligrosidad, relegada a un segundo plano en la época clásica, pasa, mediante una operación típicamente cultural, a ponerse en evidencia:

El modo de comprensión de los mismos acontecimientos (inmutables y repetidos) es completamente distinto: la agresión al

17. Ortalli, Gherardo. «Animal exemplaire et culture de l'environnement: permanences et changements», en Berlioz, Jacques y Marie Anne Polo de Beaulieu. *L'animal exemplaire au Moyen Âge. vème-xvème siècles*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 1999.

hombre, que era vista como un hecho excepcional, se convierte en norma, en comportamiento esperado.<sup>18</sup>

¿Por qué? Fundamentalmente, por la nueva situación global; vale decir, la paulatina caída del imperio romano y la disolución de las estructuras organizadas, con la consiguiente crisis demográfica. Así, la caída de las defensas contra la naturaleza propició una nueva ocupación del campo y un contacto mayor entre hombres y animales. Por otra parte, los constantes conflictos entre los pueblos de Asia y de Europa trajeron aparejados grandes desplazamientos tanto por parte de los humanos como de los lobos.

Con enorme claridad el antropólogo rumano Lucian Boia escribe:

El imaginario medieval se nutre de dos elementos esenciales: el mar [...] y el bosque. Éste reemplaza a la ciudad antigua como laboratorio favorito para los fantasmas.

Los griegos, que inventaron o perfeccionaron las figuras esenciales del imaginario clásico, tuvieron como punto principal de referencia la normalidad urbana. Todo gravita en torno a Atenas y, después, a Roma. Entre naturaleza y cultura se dibujó una frontera precisa: la ciudad se aseguró un espacio de protección y relegó a los confines las formas insólitas de vida y sociedad.

La historia de la Edad Media europea evoluciona en un escenario diferente. En un primer momento se da un reflujo de las estructuras urbanas. El eje de la Historia se desplaza hacia el norte.<sup>19</sup>

Tal era el lugar y el escenario en que transcurrían las vidas de los pueblos celtas, germanos y eslavos, quienes, siempre según Boia,

18. *Op. cit.*

19. Boia Lucian. *Entre el ángel y la bestia* (traducción de Andrea Morales Vidal), Barcelona, Editorial Andrés Bello, 1997.



procedían de un horizonte mental que no había conocido el esfuerzo racionalizador propio de la ciudad griega. En este «nuevo mundo» de fuerte composición rural, se desdibujó el mundo urbano. Un inmenso bosque cubría el continente de un extremo a otro; en los claros había pueblos, castillos y monasterios. El hombre vivía inmerso en esta naturaleza no domeñada.<sup>20</sup>

Desde esta perspectiva, no debería extrañar que, ya alejadas de la pretensiones científicas, las menciones a los lobos deban buscarse en obras literarias o de naturaleza histórica. En su exhaustivo estudio *Wolves and the Wilderness in the Middle Ages*, el arqueólogo Aleksander Pluskowski señala que en la Edad Media la mayor parte de las menciones a los lobos resultan poco confiables porque provienen de individuos que tenían poco contacto con la naturaleza.

Aquellos que mantenían un contacto regular con animales —principalmente, los pastores, los granjeros y los cazadores— raramente registraban sus experiencias, pero las pocas que han sobrevivido indican un mayor entendimiento del comportamiento animal, basado en vínculos de trabajo tanto con los animales salvajes como con la fauna doméstica. Más aún, la percepción del comportamiento animal parece ser más precisa en el caso de aquellas especies presentes en los paisajes cercanos —ya que, en cierto modo, se apoyan en la experiencia (directa o indirecta)— en contraste con la percepción de, por ejemplo, las especies exóticas halladas en tierras distantes. Bajo esta luz no sorprende hallar relaciones consistentes entre los lobos y su medioambiente registradas en las fuentes escritas medievales del norte de Europa.<sup>21</sup>

20. *Op. cit.*

21. Pluskowski, Aleksander. *Wolves and the Wilderness in the Middle Ages*, Woodbridge (Gran Bretaña), The Boydell Press, 2006.